

Lomba Falcón, Pedro, *Teo-racionalismo. Ensayo sobre la metafísica de Cartesio*, Madrid: Guillermo Escolar, 2023. 265 páginas.

En este nuevo ensayo el profesor Lomba aporta al ya abigarrado campo de los estudios sobre el pensamiento cartesiano una audaz apuesta interpretativa que nos acerca a la comprensión de los complejos lineamientos internos que terminarán tejiendo la época moderna, ampliando la senda abierta con trabajos tales como *Márgenes de la Modernidad*. Desde una cuidadosa lectura de los textos, *Teo-racionalismo. Ensayo sobre la metafísica de Cartesio*, va mostrando los desplazamientos conceptuales ensayados por el francés dentro de las polémicas que han forjado el lenguaje científico de la época, ofreciéndonos la reconstrucción de su sistema desde una perspectiva novedosa: el vínculo profundo de la metafísica cartesiana con cierto corpus teológico del que el filósofo jamás quiso deshacerse, como es la existencia de un Dios personal, que implica un ejercicio absoluto de la voluntad y del entendimiento en un acto único de creación. El trabajo de Lomba evidencia así con claridad la «paradoja» de la escritura cartesiana, en la que «conviven con naturalidad dos temporalidades distintas y acaso incompatibles» (p. 16), la de la moderna ciencia de la *mathesis universalis* y la de una metafísica que no se desprenderá de la tradición del Dios soberano del judeo-cristianismo. El tópico, deudor de la interpretación hegeliana de la historia de la filosofía, de un Cartesio fundador de la modernidad filosófica, con el *cogito* inaugurando el momento en el que se *abandona totalmente el terreno de la teología filosofante para pensar el pensamiento*, empieza a diluirse en un conjunto más basto y profundo de influjos. La pujante corriente subterránea de modernidad secularizadora y revolucionaria encarnada por el heterogéneo movimiento de los llamados libertinos eruditos, crece a espaldas del propio Cartesio y él mismo se verá obligado a conjurar y combatir sus impíos postulados sin dejar de ofrecer respuesta al anhelo científico del momento. Así, los «primeros pasos de la Modernidad habrían consistido [...] en una desigual pugna entre lo material y lo espiritual, entre filosofía y teología. Y la obra de Cartesio habría sido vanguardia simultánea de ambos bandos incompatibles, abocados al enfrentamiento» (p. 33). La modernidad es compleja y plural en sus orígenes, y Cartesio es su umbral.

Por ello, el autor propondrá una lectura de la metafísica cartesiana como un *teo-racionalismo*. Una nueva teología racional, pero desligada ahora de toda Revelación, en la que el *cogito*, como nuevo principio filosófico servirá, a fin de cuentas, para volver a establecer el fundamento divino de la verdad y la ciencia. Dicho *teo-racionalismo* se fundaría sobre esa «zona mínima pero común a la teología (no revelada) y metafísica» (p. 60), espacio de conexión entre lo que Dios es y lo que de él pueda saber con certeza nuestro entendimiento. Pero esta conexión será un resultado, nunca un punto de partida para Cartesio. «La metafísica no sería, pues, sino el indispensable rodeo que es preciso dar para comprender la identidad del fundamento de ciencia y teología...» (p. 156). Para completar su instauración el filósofo debe destruir el campo de reflexión de la filosofía de la escuela en el que

Dios y verdad se identificaban inmediatamente siendo principio y fundamento del conocimiento de la naturaleza: la teología natural. El movimiento propiamente moderno de la filosofía cartesiana habría consistido, pues, en reorganizar bajo una lógica diferente los campos de lo infinito y lo finito, de Dios y el orden de la creación, que previamente habría desligado y que solo podrán volver a reunirse bajo la instrucción de un Dios omnipotente y creador de las verdades eternas. Así, «lo moderno sería el orden según el cual Cartesio organiza el conjunto de la metafísica» (p. 36). Rompiendo la continuidad que entre *principio* y *fundamento* de la verdad había quedado trabada en la *metaphysica generalis* y que justificaba la adecuación entre *ordo essendi* y *ordo cognoscendi*, se le impone al proyecto cartesiano la originalidad de legitimar un nuevo ajuste para ambos órdenes ahora desde la prioridad concedida a la región de la *metaphysica specialis* con la evidencia del *cogito*. Reluce aquí otra de las tesis novedosas de este ensayo: esta prioridad se le concede meramente «de modo expositivo», pues «heurísticamente, Dios es reducido al rango de principio subordinado; sin embargo, Dios no es desalojado de lugar tan metafísicamente preeminente más que de modo expositivo. [...] En un sitio perfectamente tradicional al que, sin embargo, Cartesio llega de nuevo» (p. 42). De ello se sigue que, con la intención de permitir un comienzo firme para todo saber se justificará al mismo tiempo la necesidad de la idea de un Dios creador, de donde brotarán ciertas consecuencias éticas e, incluso, consecuencias para una hipotética teoría política.

Siguiendo siempre la senda del estricto análisis textual y dirigiendo la atención a aquellos lugares en los que el francés parece expresarse más libremente, o lo que es lo mismo, para *las mentes fuertes*, Lomba demuestra cómo empieza a generarse este sistema metafísico *teo-racional* ya desde la correspondencia con Mersenne durante los años 30. En ella, es la lucha contra el gran enemigo, el «libertinismo erudito», lo que precipita la «renovación filosófica– y derivadamente teológica, incluso larvadamente apologética y política–» (p. 107) de la metafísica cartesiana en ciernes. Es combatiendo contra el escepticismo y ateísmo libertino, cosas que terminarán por ser sinónimas para Cartesio en la medida en que «ambas aspiraciones –fundamentar la ciencia, extirpar la impiedad– son tenidas, pues, por indisociables» (p. 51), como se propondrá el nuevo orden metafísico que hará posible reconstruir *ordo essendi* y *ordo cognoscendi*. Para ello será imprescindible convertir a Dios en causa eficiente total de la verdad y, en el mismo gesto, volverlo «arracional». Entonces, no se podrá demostrar la existencia de Dios recurriendo a la verdad que se encuentra en el *ordo* o *ratio* de la naturaleza –Dios y verdad no coinciden, como sigue manteniendo todavía Mersenne, pues «la causa última de todo no puede ser identificada con *ratio* alguna» (p. 81)–, ni se podrá mantener tampoco, como quisieran los libertinos, una ciencia de la naturaleza con independencia de la creación divina de los principios de la naturaleza y de su verdad, demostrando «la ilegitimidad que entraña toda atribución a la estructura racional de la naturaleza [...] de tipo alguno de autonomía» (p. 79). Así, y pese al interés que los había unido al menos epistolarmente, «tratando de desactivar el ateísmo, Cartesio desactiva también, aunque indirectamente, las tesis de Mersenne» (p. 64).

La correspondencia con el mínimo evidencia una de las claves de esta revolución teórica: la necesaria vinculación entre la fundamentación del saber (lucha contra el escepticismo) y la demostración de la necesidad de la existencia de Dios como causa eficiente de la verdad (lucha contra el ateísmo). De ahí que, según Lomba,

el horizonte insuperable de la metafísica de Cartesio quedará marcado por tres principios –*causalidad, contradicción y cogito*– que permitirán explicar el vínculo entre los principios racionales del *cogito* y la necesaria existencia de Dios. La certeza indubitable del *cogito* garantiza con la misma fuerza la certeza de la existencia de Dios: mi conciencia no será algo diferente de la idea de Dios misma, aunque sólo puedo saber de Dios su «arracionalidad» sin llegar a comprenderla. «En esta sorprendente conjugación de capacidad de saber e imposibilidad de comprender se ventila, si no todo, gran parte del sentido de la metafísica cartesiana» (p. 119). Con estos saltos constantes entre los planos epistemológico y ontológico se va tejiendo el nuevo sistema haciendo que «la reflexión, que había partido de una elucidación del orden del conocer, termin[e] volcándose así sobre el orden del ser» (p. 155). Encontrar en nosotros mismos la idea de infinito supone asumir la diferencia radical entre lo infinito y lo finito, pero también supone afirmar su zona mínima de unión. Ese será el fino punto del *teo-racionalismo* cartesiano: «un esfuerzo casi titánico por construir racionalmente, hasta donde sea posible, un saber de lo que en sentido estricto es impensable» (p. 115).

Ahora bien, la reconstitución de este vínculo entre infinito y finito, «a la vez mínima y esencial» (p. 149), desde una metafísica de la causalidad eficiente dará una relevancia particular al *cogito* –dado que «es la idea de Dios, Dios mismo, lo que hace la humanidad del hombre» (p. 197)– frente al resto de sustancias finitas creadas. Para reconstruir todo este entramado de la creación será necesario rastrear el estatuto ontológico propio de la categoría de sustancia. Poniendo en perspectiva los artículos 51-54 de los *Principia* con la parte final de las Respuestas a las segundas Objeciones a las *Meditaciones metafísicas*, por ser aquí donde Cartesio habla de manera más sistemática acerca de la sustancia, Lomba nos presenta el siguiente esquema de la realidad sustancial cartesiana: un equivocismo general entre las sustancias creadas y Dios, matizado con la «analogía salvaje» entre la sustancia pensante dentro de la creación y Dios mismo. Un mundo, pues, jerárquico y contra todo univocismo del ser, capaz de reconocer una pluralidad de sustancias creadas de un mismo atributo. Así, se podrá llamar sustancia a Dios (*res infinita*) y a la sustancia creada matizando la *perseidad* de la definición de los *Principia*, pues estas sustancias creadas solo necesitarán el concurso inmediato y ordinario de Dios para existir por sí mismas, es decir, sin ayuda de ninguna otra cosa creada. Esta es la «sustancialidad dentro de los confines de un mundo creado» (p. 181). Pero, al mismo tiempo, dentro de ese mundo creado, habrá una sustancia capaz de sustraerse a las leyes mecánicas de la materia como «sustancia-sujeto análoga al Dios omnipotente» (p. 174): «determinados, pero máximamente libres», dirá el autor. A medida que avanza la producción cartesiana más se afianzará esta analogía con Dios debido a que los intereses del francés tenderán «hacia cuestiones estrictamente morales» (p. 229) a partir de los años cuarenta.

Así, dentro de la obra de lo creado el ser humano posee cierta perfección gracias a su identidad formal con la voluntad infinita de Dios, aunque en aquel se dé una inevitable desproporción entre las facultades del entendimiento y la voluntad que son marca de su finitud (y de la *duda*) que implica que jamás podrá ser libre en el mismo sentido que Dios: «la diferencia entre la libertad humana y la libertad divina es [...] expresión de la distancia que separa a lo finito de lo infinito» (p. 222). Solo podrá serlo dentro del ámbito de las leyes naturales creadas, como una especie de «espejo» de la divinidad: «el hombre es libre, y solo por serlo está en condiciones de construir, para habilitarlo, un mundo moral y político, revelándose así como un imperio dentro

de otro imperio» (p. 174). Lomba irá mostrando cómo de estos postulados metafísicos podrá derivarse una lectura práctica, una suerte de moral provisional que Cartesio nunca llegó a publicar pero cuyos rudimentos básicos se pueden reconstruir a partir de sus últimos escritos, en especial, de la correspondencia con Isabel de Bohemia. La agudeza del análisis de Lomba lleva a demostrar cómo esta moral sucinta sería el verdadero marco de la reflexión en torno al ejercicio de la libertad humana, de su virtud, para lo cual le fue necesario a Cartesio haber construido el edificio de la metafísica *teo-racionalista*.

Quedaría aún una cuestión por resolver: ¿se podrá mostrar algún día, además, el esbozo de una teoría política en Cartesio? Ello habría de constituir una auténtica teología política cartesiana con unas bases muy diferentes a las de otras corrientes de la época que también, aunque si cabe más subterráneamente, han ido forjando lo que conocemos como modernidad. Justamente por ello cierra este ensayo el profesor Lomba con un informe final sobre Spinoza, abanderado de aquella corriente secularizadora y anticartesiana cuyo proyecto *teológico-político* supuso un desmantelamiento directo de la metafísica del francés. Metafísica que, siendo la «penúltima forma histórica de la teología racional, es también, por ello mismo, la penúltima forma histórico-filosófica del cristianismo...» (p. 201). Sólo con la cumplida secularización del pensamiento alcanzado entre los siglos XIX y XX pudo emerger definitivamente ante las ruinas de los sistemas filosóficos de raigambre teológica «esa otra Modernidad [que] es sin duda la raíz del presente» (p. 250). *Teo-racionalismo. Ensayo sobre la metafísica de Cartesio* supone, de este modo, un constante cuestionamiento a la interpretación del destino de la época moderna. Una época que, como dice el autor, «ya ha dejado de ser la nuestra» (p. 10).

Micael Alcalde Ordóñez  
Universidad Complutense de Madrid  
micaal01@ucm.es